

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 14 Octubre 1915.

Número 41.

Entre un cura y un feligrés

—¡Dios existe!—Muy bien.—¡Y es sabio y bueno!
—Mucho me place.—¡Y es omnipotente!
—No lo dudo.—¡Y es justo y es clemente!
—Miel sobre hojuelas.—¡Y de piedad lleno
aquí su hijo mandó.—No le cerceno
mi gratitud.—¡Y premia eternamente
al que sigue su ley!—Perfectamente.
—¡Y castiga al malvado!—En su terreno.
—Por lo tanto, tú tienes que surtirme
de vino y pan, de ropa y de calzado.
—¡Por Cristo que no veo la consecuencia!
Procuraré, no obstante, persuadirme
de que, por haber Dios, me hallo obligado
á servirle yo á usted de Providencia.

José Nakens.

La Liga de Defensa del Clero y sus orígenes

Debo en primer lugar expresar mi viva gratitud á la amabilidad del señor Nakens, que, tan sin tasa ni medida, y en términos tan honrosos, me concede la publicación de estos breves artículos.

Viniendo ahora al objeto de estas mal coordinadas líneas, yo comprendo las prevenciones é inconscientes antipatías que pueden suscitarse en las izquierdas al darse cuenta de la existencia de una fuerza colectiva titulada *Liga de Defensa del Clero*, cuya actuación parece ser contra la Prensa. Ofrecida así la presentación social de tal entidad, ¿qué extraño es pueda surgir contra ella un movimiento hostil, agitado por nobles sentimientos, en nombre de la libre difusión del pensamiento humano?

Por eso yo debo presentar tal cual es la *Liga de Defensa del Clero*, para que sea justamente conocida.

Ella no es otra cosa que una Asociación de Coligación Mutua, de vínculos de compañerismo del Clero español, á semejanza de las Asociaciones de otras clases sociales.

¿CÓMO NACIÓ?

Debióse á un fuerte movimiento de opinión del clero secular español á fines de 1910 y principios de 1911 en contra de los abusos incalificables del lenguaje contra el mismo. Llegó la desaprensión á tal extremo, que se daba el caso en periódicos diarios de esta corte, en momentos de apuro de original, de componer algún redactor ingenioso relatos folletinescos de *hazañas* de algún cura, siendo objeto de risa la indignación que sentirían al siguiente día los lectores inocentes.

Tal movimiento, en sí justo y digno, me agradó sobremanera por la vitalidad de su fondo, pues era una vibración de vida en que podían cimentarse esperanzas alentadoras para el porvenir.

La situación tristísima, única en todo el mundo, del Clero español, sin los más sagrados derechos de ciudadanía y con los más grandes agobios físicos y morales, me preocupaba hondamente, y ante aquel movimiento, un rayo de luz brilló instantáneo en el horizonte de mi espíritu: allí podía nacer una gran fuerza para remediar los anteriores males.

La Providencia quiso que los iniciadores del dicho movimiento viniesen á mí para que me pusiese á su frente. Vacilé ante la magnitud de la empresa; mas, vencido el egoísmo, opté por esa labor sin temor á todos los sacrificios ante la perspectiva de grandes ideales que podían realizar después mis compañeros con las vigorosas oleadas de la vida colectiva.

Yo siento tener que hablar tanto en primera persona, pero no puedo evitarlo por la naturaleza del asunto. Perdonen los bondadosos lectores, y demos punto por hoy á esta ligera exposición.

JUAN AGUILAR JIMÉNEZ

Paréntesis necesario

Estaban terminados ya é impresos en folleto los artículos dedicados al estudio de la *Liga de Defensa del Clero* cuando nos sorprendió la intervención del Dr. Aguilar, con su *Carta y Aclaraciones*.

Cumple á la lealtad declarar que, de haber previsto tal intervención, hacia otro lado se habría dirigido el fondo del estudio y la forma habría sido pulida de toda acrimonia. Téngalo presente así el lector, recordando que el escrito va dirigido á los «socios de la *Liga*» como tales y en general, con omisión de toda personalidad particular.

Hecha tal advertencia, ruego al lector se fije en la excepcional importancia del espectáculo que ofrece la primera página de *El Motín* del número 40; verdadera página de oro de la literatura polémica española.

En ella aparecen dos firmas tan relevantes y extremas como la del señor Aguilar, con título de presidente de la *Liga del Clero* además de su in-

vestidura de Magistral del Cabildo, y de vicario general del obispado, en *pendant* con la del Sr. Nakens, que por voto de amigos y de adversarios simboliza el ideal radicalmente contrario.

Ambos aparecen ahí sin merma de su respectiva personalidad, en un magnífico pugilato de cortesía. Por ambas partes parece traducirse á la práctica el proverbio castellano: «lo cortés no quita lo valiente».

Caso tan singular, nos pone frente á frente de la creencia universal de que entre un dignatario eclesiástico y un propagandista de contrarias tendencias, no cabe más punto de cita que el cadalso del auto de fe, si es aquél quien la da, ó la degollina revolucionaria, si ha de darla éste, según es también creencia no caber más salutación que la del anatema del uno y la maldición del otro entre ambos.

Tal fué hasta aquí la *conciencia española* desde el siglo XVI acá, formada por el secular imperio de la Inquisición, que no concedía al adversario otra arma polémica que la suya, á saber: exterminar las ideas mediante el exterminio de las personas.

He aquí, pues, la trascendencia del caso. *El Motin*, al ceder sin limitación su lugar preferente al adversario que solicita ser oído, eleva á su altura máxima la tolerancia, probando con ello la confianza que tiene en la energía espontánea de sus ideas que no rehuyen el contraste con las contrarias. El señor Aguilar, por su parte, con sola su presentación, manifiesta tener de las personas de los contrarios, el juicio de dignidad é hidalguía, que le permitan departir con ellas sin menoscabo de los cargos que ostenta.

En otras naciones, el caso nada tendría de particular.

En los Estados-Unidos se celebró un *Congreso de las Religiones*; en Alemania, Inglaterra y aun en Francia, es cosa frecuente este intercambio de respetuosas relaciones, donde se afirman á un mismo tiempo, el respeto mutuo, la sinceridad de las ideas y la fe en su propia virtualidad, sin necesidad de violencias externas de obra ni de palabra.

En España, dos casos algo semejantes se registran: la visita del cardenal Sancha á Ruiz Zorrilla, y del arzobispo Peláez á Galdós. Mas, ni uno ni otro caso, fueron actos notorios de la índole del presente, en el público escenario de un periódico.

Tal acontecimiento, primero en su género, acusa la bancarrota de aquella universal creencia y la falsedad de aquel estado de conciencia nacional.

Los comentarios á que se presta el suceso, como «hecho histórico de la Polémica española» para los críticos de esta especialidad, son no pocos y de no corta significación. Bien es cierto que este circo de la lucha es-

piritual, no tiene un cuerpo de cronistas y críticos, según los tienen los toreros, cupletistas y boxeadores. Quizás, para mal de España, pase inadvertido á la crítica este caso singular.

No ocurrirá lo propio con aquella suerte de gentes interesadas en salvar de la bancarrota la creencia aquella, que hacen de la Inquisición su «familia» y del prurito de delator, de corchete y de verdugo, el oficio santo por autonomasia, condecorándose con el título de familiares del Santo Oficio.

Esta «familia», sentiráse amenazada de disolución; sus «empleados» verán en ello una especie de cesantía. Hasta cierto punto son lógicos. ¿Qué va á hacer el verdugo, si se suprime la pena capital; qué hará el «familiar del Santo Oficio», si caduca la costumbre de azotar, insultar, delatar, difamar y predicar el odio?

Estos van á ser, pues, los que tomarán nota del suceso, y procederán acerca de él «inquisitorialmente».

Quien recuerde lo que esa secta dijo del cardenal Sancha á causa de su visita á Zorrilla, y del arzobispo Peláez, á causa de su visita á Galdós, podrá calcular lo que ahora tratará de hacer sobre el caso del doctor Aguilar.

Bajo este respecto, el «caso» es de suma gravedad y de no menor conflicto para mí, encargado de poner apostillas, si ocurriesen, á las aclaraciones que el Sr. Aguilar creyese deber hacer á los juicios de *EL MOTIN*.

Sirva esto para advertir al lector que habrá de corregir los artículos ya escritos á tenor de lo dicho, y habrá de leer los que de nuevo se escribiesen á través de esta lente, sin perder de vista el partido que de lo que ocurriese podría sacar la universalmente maldita secta inquisitorial, tanto más execrable cuanto más taimada.

S. P. O.

La creencia en Dios

¿Qué renta imaginan mis lectores que reúne anualmente el obispo de Madrid entre lo que cobra del Estado y las entradas legales que tiene por varios conceptos?

Cerca de VEINTIOCHO MIL duros. Creo haber demostrado en mi ya larga vida que tengo escaso espíritu religioso; y digo escaso, por no chocar muy de frente con las preocupaciones predominantes, pues debí decir que ninguno.

Pero con la misma sinceridad que reconozco eso, declaro que si me ofrecieran esa renta por hacer lo que el obispo de Madrid, me sentiría súbitamente atacado de tal fervor religioso, que saldría por esas calles soltando bendiciones á todo bicho viviente y gritando con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Hay Dios!... ¡Hay Dios!... ¡Hay Dios!... ¡Yo lo sostengo y lo pruebo!»

Son muchas razones de peso las que

aportan 28.000 duros anuales para no llevar al corazón del ateo más irreductible el convencimiento de que existe un Dios bueno y justo que vela... por los obispos.

Y diré más.

Con una renta así, no sólo confesaría que existe un Dios sabio, justo y bueno, sino diez, ciento, mil... los que se me exigieran.

Fui siempre enemigo de porfiar por pequeñeces.

LO PROMETIDO ES DEUDA

En Febrero de 1911 habló la Prensa de Madrid de las fechorías y estafas de un señor titulado duque de Montemar, descubiertas por su confesor en casa del señor Maura; el clérigo había revelado secretos conocidos en las confesiones del duque.

En el número 136, correspondiente al 14 de Febrero de 1911, publicó *El Debate*, diario católico, el siguiente artículo de fondo:

Las procacidades de la prensa impía

La calumnia de ayer

Un diario de ayer lanzaba la noticia por si hacía camino. El grande de España que cometiera un vulgar delito de estafa debía á un sacerdote la publicidad de su deshonor. Y ello, á creer la calumnia del tal periódico, por la consiguiente violación del siglo sacramental.

Tan prostituida está la prensa liberal, que ya, en el afán de inventar y procurar sacar partido tendencioso de cuanto nos rodea, hasta el suceso se disloca y se retuerce para conseguir ese objeto.

Tenemos absoluta certeza de que la especie dirigida hacia el anónimo sacerdote es una de tantas infamias. Y no ya sólo inverosímil lo de la violación del siglo—cosa que todavía no aconteció desde los tiempos apostólicos—, sino que inexacto hasta el hecho de haber mantenido con el prócer conversación alguna que por su gravedad llevase envuelta la idea del secreto.

Por si las gentes no se enteraron aún, bueno será difundirlo á los cuatro vientos: No puede el sacerdote quebrantar el siglo, porque antes de llegar ese momento, Dios, que es el autor de la vida, se la quitaría.

Y puede la Historia y la fantasía echarse á rodar para buscar clérigos relapsos. No hay siglo que no cuente, desgraciadamente, con sacerdotes locos ó renegados, pero falta todavía un caso de revelación del secreto sacramental.

Ni el delirio prendiéndose á la fiebre del eclesiástico enfermo, ni la pérdida de la fe, ni la propia locura pudieron abrir unos labios que Jesucristo quiso sellar para que nadie dude de la eficacia y seriedad de uno de los más augustos sacramentos.

Cuando el infundio, que ronda de continuo la semblanza del sacerdote, se acerca á su frente, el mundo ya da en la manía de no aterrarse, porque en la humana flaqueza encuentran siempre pábulos las patrañas más absurdas. Algunas veces la misma Musa popular estalla in-

tencionada y cáustica para tejer en torno de algún que otro presbítero una leyenda pícara, pero ese propio cancionero del arroyo sabe detenerse cuando intenta morder al confesor.

Aun para los ateos siempre fué axiomático el hecho histórico de que jamás se violó un secreto de confesión, porque perdido todo, absolutamente todo, no olvidaba nunca el prevaricador que la Religión católica es recia cinceladora de caballeros. Antes, por lo menos, venían entendiéndose así las cosas.

Hoy no; y como el síntoma apunta en términos escandalosos, úrgenos acudir a poner freno a la más inaudita de las villanías, que, por otra parte, se presenta diabólicamente recubierta.

No salta el suceso haciendo detonar el pimentón, sino que se nos ofrece callado, como si se tratase de la cosa más natural del mundo. Igual a la época que atravesamos, frívola y artera, la calumnia aparece estampada sin aspavientos y a sabiendas de que está lejos el reo para que circule sin protestas.

Para estos liberales escribió Voltaire: «calumnia, que algo queda». Y hartos sambenitos cuelga injustamente la impiedad sobre el pecho del sacerdocio, sin que ese, a todas luces inícuo, venga procurando también fortuna.

Y como además resulta rufanesco el canard, al ataque contestamos echando por delante un guante por si hay quien quiera recogerlo.

El Debate entregará 5.000 pesetas al que nos demuestre que se ha violado alguna vez un secreto de confesión. Que hablen ahora los procaces.»

El Radical salió en seguida a refutar, Historia en mano, y citó el caso del obispo de Gerona, a quien Don Jaime I hizo cortar la lengua por revelar en un escrito al Papa Inocencio IV la confesión de la Reina. (Mariana. *Historia de España*, libro XIII, capítulo VI.)

Citó la revelación de la confesión de Felipe V al duque de Orleans, Regente de Francia en una carta escrita por el confesor P. Daubenton, jesuita. (*Vida de Felipe V*, por el P. Bolando, y *La España de los Borbones*, por González Carvajal, tomo III, página 171.)

Quedaban, pues, ganadas las 5.000 pesetas.

El día 15, en otro artículo, ya firmado, José Ferrándiz demostró lo herético y brutal de las proposiciones de El Debate, ya que la Iglesia había hecho y mantiene leyes contra los reveladores de la confesión, y toda ley humana se dicta a posteriori, después de los hechos delictuosos.

«Miente usted con toda su boca y a sabiendas, incurriendo además en herejías» le dijo a El Debate, y le citó la decretal *Omnia utriusque sexus*, Concilio IV de Letrán, que contiene penas graves contra los reveladores. Item, a Benedicto XIV, bula *Sacramentum poenitentiae* (es la que contiene la legislación hoy vigente), mas su Breve *Ubi primum*. Cito un dato curiosísimo poco sabido, y sobre el cual ó Pey ó yo podemos decir ahora cosas de mucha miga, y es la concesión que hace la Iglesia a los fieles todos de callar en la confesión el pecado ó pecados que sospeche revelará el confesor, si por ejemplo se ven precisados a confesarse con uno de quien sospechen. A esto se llama *Integridad moral* de tales confesiones, pues les falta la *real*; esa viene cuando el penitente confiesa después con otro cura no sospechoso; entonces dice

lo que antes callara y advierte que lo calló y por qué.

¿Hubiera legislado así la Iglesia si supiera que Cristo había de matar a todo cura revelador antes que realizara el intento, y así fuera este imposible?

¿Y dónde, cuándo, a quién dijo Cristo cosa tal, ó quién afirma que lo dijo? Nadie; simple ilusión de viejas ignorantes.»

El Debate no pudo citar las palabras de Cristo, ó de un apóstol, un Papa, etcétera, porque no existen.

En otro artículo del día 18 citó Ferrándiz más casos de confesiones reveladas, y todos constando en libros de eclesiásticos ó de autores católicos como el arzobispo de Burgos, Rodríguez de Arellano en su Pastoral 1766.

Y no hubo aún más citas por no alargar la cosa que iba resultando pesada.

Hasta aquí lo que el público sabe de este asunto. A continuación lo que ignora.

El día 15 ó 16 de Febrero de aquel año vino a verme un amigo, famoso en achaques de erudición y en cánones muy versado, y sacando un papel del bolsillo, me dijo:

—Aquí le traigo á usted cinco mil pesetas; mejor dicho, el cheque para que vaya a cobrarlas.

—¿Dónde, y para quién?—le pregunté.

—En la redacción de El Debate, y para EL MOTIN—me contestó.

—Explíquese usted.

—Ese periódico ha ofrecido esa cantidad a quien le pruebe que un sacerdote católico, uno sólo, ha faltado alguna vez al secreto de la confesión. Y ésta que le traigo es una prueba inconcusa é irrefutable, que no puede rechazar ningún católico.

Y me leyó el siguiente canon:

CANON V.—CONCILIO DE PEÑAFIEL.—1302.—*Que quien revela el sigilo de la confesión sea castigado como se expresa.*

Item quia juxta verbum Jacobi, quit ait: Confitemini alterutrum peccata vestra; quilibet Christianus tenetur confiteri proprio sacerdoti; quae confessio lapsis post Baptismum tamquam secunda tabula conceditur in subsidium animarum; et nonnulli sacerdotes suae salutis immemores, suscepti officii ignari, PEC-CATA, non ut hominibus, sed ut locum Dei tenentibus, CONFESSA, quae juxta verbum Augustini dicentis: Nihil in hoc mundo minus scio, quam id, quod in confessione scio; tamquam scita, cum vere juxta Domini verbum debeant dici non scita, PROPALANT, ET REVELANT: ne excessus tanti criminis transeat impunitus, statuimus et ordinamus, quod si qui tam nefandi criminis rei inventi fuerint, tamquam deportati, et in metallum damnati, perpetuo carceri mancipentur, pane, et aqua pro vite sustentatione solummodo reservatis.

Cánon V del Concilio de Peñafiel del año 1302.

«OTRO SÍ: porque, según Santiago

que dice: **CONFESAD UNO A OTRO VUESTROS PECADOS**, todo cristiano está obligado a confesarlos a su sacerdote, la cual confesión se concede a los caídos después del bautismo como una segunda tabla en auxilio de las almas; y como que algunos sacerdotes, olvidados de su salvación é ignorantes de todo oficio **DIVULGAN Y REVELAN COMO CONOCIDOS LOS PECADOS QUE LES FUERON CONFESADOS, NO A SU CALIDAD DE HOMBRES, SINO A SU OFICIO DE LUGARTENIENTES DE DIOS**, cuando deben tenerlos por no sabidos según el divino mandato explicado por San Agustín en estas palabras: «No hay cosa en el mundo que sepa menos que aquello que oí en confesión»; á fin de que un crimen tan grave no quede sincastigo, establecemos y ordenamos que los que se hagan reos de un tan nefando crimen, sean deportados, condenados á minas y á cárcel perpetua, dándoles de por vida á comer sólo pan y agua...»

Tejada, el comentador del texto, dice: «...Por desgracia, la Historia nos suministra algunos ejemplos, aunque pocos de semejante violación.»

—¿Qué le parece á usted?—me dijo mi amigo al terminar la lectura.

—Que efectivamente, esa prueba es decisiva.

—Pues quédese usted con ella y mande á cobrar las cinco mil pesetas, que no le vendrán mal.

—Siempre vienen bien cinco mil pesetas, pero hoy por hoy me es imposible poner al cobro el que usted llama cheque.

—¿Por qué? Ahora soy yo el que pido á usted que se explique.

—Pues sencillamente por esto. Ferrándiz ha probado en El Radical que varios confesores han faltado al secreto de la confesión, y por lo tanto, á él le corresponde esa cantidad. Si no la reclama, ó no se la dan faltando á su promesa, entonces, y previo su asentimiento, será cuando las reclame yo. Puede usted, hasta tanto, llevarse el cheque.

—No; quédese usted con él. Y no se olvide, el día que tenga un apuro, de que ese papel vale cinco mil pesetas, que le abonarán á su presentación en El Debate, pues no pueden rechazarlo ni como hombres, ni como cristianos, ni como caballeros.

Di las gracias á mi amigo, se despidió, guardé el canon, y á los tres ó cuatro días me olvidé del incidente.

Revolviendo ayer papeles tropecé con él, y como me tiene preocupado la idea de no haber podido pagar las costas de mi proceso ni los honorarios del abogado y procurador de la Liga, ruego á El Debate que tenga la bondad de decirme á qué hora de qué día puedo mandar á su redacción persona de mi confianza á cobrar las cinco mil pesetas, y en qué forma quiere que extienda el recibo; ya que las pruebas

que presento son de las que no puede rechazar ni discutir siquiera un buen católico como él.

De este modo recobraré mi tranquilidad, perdida por las causas que he dicho, y me felicitaré de haber presentado ocasión á *El Debate* de demostrar que algún clerical que otro hace alguna vez que otra honor á su palabra, y cumple honrada y dignamente sus compromisos.

JOSÉ NAKENS

El moderno feudalismo

Los que nos hablan de la abolición del feudalismo no se fijan en que continúa hoy más terrible que ayer dentro de la Iglesia, puesto que un obispo tiene en la práctica privilegios que jamás tuvo el más feroz señor de horca y cuchillo.

Pero como los curas lo soportan, no voy yo á ser más papista que el Papa metiéndome á defensor de unos señores que me crucificarían si tratase de redimirlos.

Alguna vez se me ocurre defender á los curas que se ven humillados y perseguidos injustamente, pero me abstengo; son en su mayoría tan desdichados, que se pondrían de parte de los obispos y me atacarían á mí.

Por lo tanto, Antón Perulero, cada cual atienda á su juego.

La lámina de hoy

Para asistir á una fiesta religiosa en un templo donde los pobres no tienen fácil acceso, la aristocracia y la gente de dinero corren en vertiginosa confusión, refrenando sus coches y sus automóviles para evitar choques...

Contempla el cuadro un jesuita, y exclama, reflejando en su rostro el placer indefinible del avaro que mira su tesoro:

¡Esos son los míos!

La Liga de Defensa del Clero

Ofensas inocentes y defensas malignas

III

EL HONOR ARTIFICIAL DEL CLERO

«A muerte va á ser el pugilato que la Liga parece haber abierto contra la Prensa, y que su órgano explica al público en estos términos:

«La Liga de Defensa del Clero no es una institución de lucha y de venganza, sino de compañerismo y de defensa para la justa vindicación del

honor dentro de los más severos medios legales.

»Por eso no acudimos á los tribunales contra la pública censura, aunque sea despiadada é injusta, sino contra la injuria y la calumnia que envilece; ni contra la discusión y el ataque á los dogmas, sino contra la bafa y el escarnio de los mismos, verdadero padrón de incultura y de ignominia; y nuestros procedimientos ce paz y de amor son fuerza justificadora de la dolorosa necesidad de emplear medios severos, cuando á pesar de los anteriores, se nos ataque con villanía.» Tal es el texto por analizar.

Sin entrar en el tronco de la idea, vamos á podar algunas de sus ramas.

Según parece, el objeto de la Liga es la Defensa del «honor legal».

¡El honor legal, señores!... ¿Acaso tiene un adarme de verdadero honor? Las leyes prohíben llamar ladrón al ladrón, prostituta á la prostituta, y aun las reales pragmáticas prohíben llamar gitano al gitano. La ley, pues, fabrica un «honor falso» en tanto que, dentro de las mismas leyes, la hábil mordacidad puede acribillar el honor del ciudadano más correcto.

¿Y EL HONOR CRISTIANO?

¿Es ese, así entendido, el «honor» en cuya defensa el clero se coliga y se arma formidablemente, sin tomarse la pena de demostrarnos la compatibilidad de tal actitud suya con las teorías de la moral teológica de que se hace ministro público y oficial, en la cual se enseña que el tal honor es impostura é hipocresía social, es decir, la antítesis radical del «honor cristiano»; honor que cuida de practicar la virtud, indiferente al juicio de las gentes y aun deseoso de ser desconocido, negado y burlado, pues no reconoce otro fiel contraste que Dios «escrudinador de corazones», ni busca más premio que el que allá se le reserve? Eso predica el clero al pueblo al aconsejar el menosprecio del «qué dirán», y eso sancionaba fieramente San Pablo al afirmar: «á mí me basta el testimonio de mi conciencia».

Pues, si atendemos á la eficacia de uno y otro sistema, veremos que ese «honor cristiano» así entendido y practicado por los creyentes, y bafado y escarnecido por el público, fué precisamente el que granjeó al cristianismo el concepto de su superioridad moral. La fortaleza y serenidad del «escarnecido» probaba desde luego que su sensibilidad moral era de otra índole que la mundana; la dulce sonrisa del agraviado era como llama que fijaba la atención del público befaador, y, tarde ó temprano, los pueblos y los individuos dábanse cuenta de su propia injusticia, á semejanza del centurión que al ver expirar á Cristo, y sólo entonces, exclamó:— «¡Ciertamente, hemos debido matar

al hijo de Dios!» ¡Tal es el honor cristiano y su triunfo!

Y vosotros, clérigos, habéis de confesar conmigo que para «sentir la necesidad de emplear medios severos... contra los que decís ataques villanos, de la injuria y calumnia» no necesitaba Cristo haber dado el contrario ejemplo; dábanlo, desde muy atrás, Caifás y sus consortes, y lleváballo al colmo, los señores rabinos, escribas y fariseos, de quienes (y no de Cristo) se habrá aprendido en todo caso. ¿Que «la injuria y calumnia envilecen»?... No hablemos de ligero. El estiércol del otoño, aprovechado con tino, es en primavera flor lozana y en el otoño fruto exquisito. Así ocurrió con el cristianismo. «Hez del pueblo» fué hecho Cristo; como escoria fué paseado por la ciudad en plena feria; y, sin embargo, el grano de mostaza de su espíritu sazonado con tales «vilezas» dió jugo al seco madero de la cruz y extendió sus ramas por el mundo y llenó de frutos las naciones. Quitad de aquel árbol el estiércol aquel público de calumnias é injurias sin cuento, y el madero será pasto de la polilla. Y Cristo acabara como un rabino burgués de los que no han dejado nombre siquiera.

HONORES DESHONROSOS

¿Será ya que el clero al ver la frondosidad del árbol, se hace polilla suya? Y aquí quería yo traer la reflexión: á examinar si ésta vuestra teoría del «honor legal» puede ser una «injuria y calumnia» de la moral teológica y de la política cristiana, y una bafa y escarnio de la Historia épica de los grandes tiempos. Esto quiero que examinéis, á saber: si el espíritu de la Liga ahí reflejado, al vestirse el ropón de «ministro oficial de Cristo» y de «intérprete auténtico del Evangelio» conserva fielmente su carácter. Eso quiero que me digáis: si tal ética, del dicho modo traducida, es la moral teológica del grave pastor de almas, ó la estrofalacia moral del secretario de Ayuntamiento. Honor de leguleyos y justicia rabulesca me parece á mí; vosotros sabéis si con razón ó sin ella.

Pues, á lo dicho, hay que añadir algo más grave, á saber. Si el cristianismo conquistó al mundo gracias á aquel concepto y defensa de su honor, diametralmente contrario al «honor legal»; no habiendo cambiado la naturaleza de las cosas y rigiendo en el mundo moral la misma lógica, hay que deducir por fuerza y sin escape, que si aquella indefensión é indiferencia sublimes, exaltó á la suprema gloria el nombre de Cristo, una formidable Defensa y excesiva irritabilidad de ahora, habrá de conducir por fuerza el nombre de Cristo al abismo del humano fango y de la humana miseria.

En cuyo caso, señores clérigos coligados, si algún celo tenéis por el

(1) Véase como nota á este artículo el que va en cabeza de este número.



¡ESOS SON LOS MÍOS!

Ayuntamiento de Madrid

honor de Cristo, si vuestro oficio está en servirle á El con vuestro sacrificio y no en servirlo de El para vuestros caprichos; si no sois de aquellos que con los labios le veneran y con el corazón le execran, habréis de hacer caso de conciencia de este caso y habréis de interpelaros muy seriamente si la *Defensa del Clero* puede resultar ser la mayor ofensa á Cristo.

Y no rasguéis las vestiduras con simulado escándalo, pues no sois sólo vosotros los que sabéis que «hay blasfemias de la tierra que en el cielo serán computadas oraciones», así como hay rezos devotos que serán rechazados como blasfemias. Así traducen las cosas los rayos X.

He aquí, pues, la cuestión final por esta parte: ¿os defendéis con Cristo y en Cristo, ó fuera de Cristo y contra Cristo?

DAR CONTRA EL AGUIJÓN

A tan extraña pregunta los hechos van respondiendo ya, y aun barrunto que responderán más reciamente á no tardar.

De la *Defensa del Clero* conozco sólo cuatro hazañas: el destierro de Nakens por el cura de Yepes; dos sentencias contra el escritor soriano Benito Artigas Arpón, y ahora el procesamiento del de Tarazona García Colás. ¿Causas? La misma para todos: «injurias!», legales se entiende; esto es, injurias que suelen consistir en denunciar al público hechos más ó menos feos, pecaminosos y ridículos, acerca de cuya certeza el tribunal no se pronuncia, dejándola al juicio público. Es decir, señores ligados: vuestra Liga es una institución que viene á defender con la severidad de las leyes del Estado el «honor legal» de aquellos cuyo honor moral es tachado, acusado ó negado. Venís, en una palabra, á reclamar para esas faltas, vicios, pecados, delitos ó ridiculeces la inviolabilidad y la impunidad públicas, intentando sustraeros á la justicia popular, que con su menosprecio pudiera castigar las reales ó supuestas acciones ó omisiones dejadas impunes por los prelados y por la conciencia del acusado.

¡Vano empeño, señores clérigos!... ¡Y aun contraproducente! Reponed, si queréis, la Inquisición en toda su fuerza; perseguid cuanto queráis; extremad vuestros medios de defensa y de ataque, y la Prensa hablará cuando quiera, y dirá de vosotros lo que se le antoje, y su lenguaje será tanto más sangriento é insinuante: cuanto mayores sean la opresión que sufra y la saña con que la persigáis. Que, ¡ay!—respetables clérigos—, es ya muy tarde para que la fuerza del terror aplaste al genio sutil; y si en el Calvario los rabinos sabían escarnecer á Cristo con el *Ave vex judeorum!*, los condenados del circo sabían trocar en sublime insulto el *Ave César: morituri te salutant*.

¿Queréis que El Motín abra senda en este nuevo arte de acusar, de escarnecer y de vilipendiar? ¿Queréis que inundemos con la ola de descreídos, vuestras comuniones generales; que llevemos nuestros «bárbaros» á vuestras procesiones; que pongamos de moda pública vuestros escapularios y hábitos? ¿Qué «medio legal» tenéis contra tales «escarnios» y befas? ¿Queréis que desde ahora nos dediquemos á predicar el «respeto» al clero, saludando con sombrero hasta el suelo vuestras personas, tirando de los coches de vuestros obispos?... Queréis... ¿qué queréis y qué pretendéis del pueblo con vuestra persecución? ¿Someter al pueblo que os paga para ser virtuosos, á ser testigo mudo de los vicios y del fraude que le cometan algunos de los vuestros?

¡Vano empeño!

LA CODICIA ROMPE EL SACO

Ya está desterrado *espiritualmente* Nakens, y desterrado se halla Artigas, y encarcelado García Colás. Por *injurias legales* á las injurias morales quizás. Por injuriar al vicio, al pecado y al delito quizás!... Ya la Prensa, sin temeridad, no podrá hablar del clérigo borracho, mujeriego, jugador, pendenciero, escandaloso, deslenguado, usurero, maligno, etc. Ya lo saben los interesados; quedan inviolables... Por una palabra, el proceso, la cárcel, el destierro y quizás el presidio... ¡La enhorabuena, los favorecidos!

Pues, cuando la Prensa callara ¡que no callará!, ¡cuando el genio literario hubiese perdido la clave de burlarse de fiscales y magistrados (que no la ha perdido); cuando nadie fuese osado á poner lengua, ni ojos en la deshonestedad del clero, el pueblo reservará los puños... escondidos quizás en los bolsillos y que saldrán á su hora. Y caerá la nueva Inquisición; y serán corridos los inquisidores en los mismos asnos en que ahora paseáis á los escritores; y entre la Prensa y el clero se abrirá abismo infranqueable, y el clero sucumbirá quier que no, porque han pasado los tiempos de las inviolabilidades, y el pueblo que paga ejecutará su derecho de fiscalizar clérigos, de enderezar jueces, de enterrar leyes y de reponer en su quicio el eje de la justicia y de la honorabilidad y del derecho á reir.

Ved, ahora, si la *Liga de Defensa* es cadena para el precipicio. Ved si las ofensas de la Prensa, que sirven de válvulas de desahogo á la irritación popular, al cerrarlas vuestra *Defensa* serán bombas impelentes de condensación... Porque hay risas que, comprimidas, revientan.

Y si no queréis verlo vosotros, ya lo veremos los demás.

El pugilato será de muerte. Veremos quién entonará el responso y cuyo será el cadáver. Por lo pronto, vosotros sois encarnación de una ins-

titución vieja; la Prensa es joven, y como joven, barbiana.

S. PEY ORDEIX

QUIEN AMA EL PELIGRO...

Huid, ¡oh, ciudadanos pacíficos!, de las poblaciones el día que haya procesión católica, ó permaneced encerrados en vuestras casas. Así os evitaréis el disgusto de ver que os acomete cualquier animal bautizado, obligándoos á descubrirlos.

Claro es que os queda luego el recurso de lamentaros, y decir que se ha faltado á la ley; pero ni Dios podrá quitaros de encima el achuchón salvaje, ni impedir que os lleven á la cárcel, ni evitaros el pago de la multa que la arbitrariedad alcaldesca ó curialesca os imponga.

Y esto que os digo, me lo dicta el sentido común. ¿Qué pensaríais del que pasara por el campo junto á unos toros bravos sin tener necesidad de hacerlo, y se le arrancara uno, y lo patease? Que merecía que lo hubiese corneado. Cada animal responde á su instinto, y no es realmente culpable al satisfacerlo.

Y aunque la comparación aquí no quepa, por ser el toro bicho más noble que el católico en funciones, tened en cuenta mi advertencia y huid del peligro; que quien lo ama en él perece.

Los defensores de Dios

Cuando á cualquier bribón se le antoja que Dios necesita de su auxilio y defensa, no hay quien lo resista.

Según él y los de su calaña, Dios es infinitamente sabio, justo y poderoso; castiga al malo, premia al bueno; nada se le escapa de lo que el hombre piensa, dice y hace; y, no obstante, creen que si ellos no lo defienden, está perdido.

Y á partir del día en que toma á Dios bajo su protección y amparo, el bribón tórnase más vengativo y cruel que era, y sólo sueña con martirios, hogueras, cadáveres insepultos, familias arruinadas y deshonradas, llevando su crueldad hasta decir que lo hace por amor hacia los mismos que martiriza.

Esto prueba lo que tantas veces he dicho: que la idea de Dios halla eco en todos los hombres que necesitan satisfacer cumplida é impunemente sus malos instintos.

Cine clerical

¡A la horcal

—¿Ha visto usted, doña Dorotea, á qué tiempos hemos llegado? ¡Perdonar á ese tizón del infierno! ¡A un hombre que se ha pasado toda la vida *blasfemando* de todo lo más santo y divino!...

—¡Ay, señora! Si ahora no hay fe ni celo por la religión en nadie... ¡Mire usted que hablar mal de los pobres párrocos, que están siempre sacrificados por sus ovejas!... Ese

cura ha hecho mal, pero muy mal en perdonarle... A los malos no se les debe tener compasión...

—Hay que aniquilarlos.

—Hay que exterminarlos.

—¿Y ese canónigo que ha hecho todo este pastel? ¿Qué me dice usted?

—Que será algún liberalote de tomo y lomo.

—¡Ave María! ¿Pero es posible que haya sacerdotes así?

—¡Ya lo creo! Y hasta *flamasones*. ¿Se acuerda usted de aquel cura alto, guapote, que decía misa en las Calatravas?

—¿Uno que por las tardes llevaba levita y chistera?

—El mismo. Pues á ese le habían hecho arzobispo de Cuba los republicanos para que destruyera la fe, y se fué allá tan fresco; pero el Papa no le quiso admitir.

—¡Bien hecho! Puede que fuera el mismo demonio en figura de sacerdote.

—Ya pudiera ser; porque una vez nos contó el padre Pichín que en un convento de monjas se transformó en figura de abadesa para que las monjas no comulgaran los sábados...

—¡Dios nos libre!... Dicen que este Nakens es judío, pero de los de casta...

—Claro que lo será; no hay más que ver lo que hace.

—A mí me dijo doña Asunción que los judíos tienen un rabo pequeño en la espalda, y que cuando escupen, la saliva se convierte en gusanos. Ella dice que lo ha visto.

—Lo creo, lo creo; son hijos de Judas. Pero lo que es yo, á éste ya le hubiera yo dado que sentir: lo mando á galeras para toda su vida.

—No, señora, no. Lo mejor sería hacer una buena hoguera en la Plaza Mayor, como hacían en tiempos de mi abuela, y hacerlo un carbón.

—Ahora ya no dejan hacer esto.

—Pues que lo ahorquen... Vamos, si parece mentira que hayan tenido valor para perdonar á este *monstro*... Así abusan luego...

—¡No hay fe, doña Dorotea, no hay fe!

FRAY GERUNDIO

Humildad cristiana

¿No han reparado mis lectores en que apenas hay fotografía que no tenga en el escaparate los retratos de dos ó tres obispos?

La moda tiene caprichos extraños; hoy toreros, mañana pelotaris, un día horizontales, otro tenores, ahora obispos...

Lo que no entiendo es cómo éstos se prestan á exhibiciones mundanas, adoptan posturas arrogantes, echándose encima, como las coquetas, el fondo del cofre para ponerse ante una máquina fotográfica.

No pretendo que se retraten en pa-

ños menores; ¡estarían bonitos!, sino que no hagan ostentación de lujo.

¡Hay tantos infelices redimidos que no tienen pan, ni vestido, ni techo que los cobije!

Ejemplo que imitar

En Badalona se ha constituido una *agrupación anticlerical-benéfica* que cuenta con 50 adscritos (doce son mujeres) para trabajar por la emancipación de la conciencia.

Esa agrupación, fundada hace dos meses, ha verificado ya un entierro civil y arrancado de las garras del clericalismo á un compañero que, aterrado por la miseria, estaba á punto de claudicar.

Sólo con esto, con que en cada localidad hubiera una agrupación parecida, de más ó menos socios, según el número de habitantes, bastaría para ir poco á poco anulando la influencia del clericalismo.

Mi aplauso á los anticlericales de Badalona que se han unido en el propósito y muestran energía en la ejecución.

DESDE PARÍS

En Francia, como en España, las damas católicas son tenaces propagandistas de la libre exhibición de la carne.—Un arzobispo escandalizado.—Sacristán que protesta.—Las hijas de Dios y de María desobedecen al arzobispo.

Sí, señor; poco menos que sin camisa acuden á los templos de París las damas católicas.

Hace unos días fui á visitar las salas del «Trocadero», uno de los museos más interesantes de la capital de Francia, y cuando terminaron las horas de visita, salí y comencé á andar sin rumbo fijo.

La casualidad me condujo á la Rue Pomper, donde me hallé frente á una casa de Dios que los clericales españoles han hecho construir.

Entré para matar el tiempo, y me entretuve en contar los cepillos en que se pedía dinero para San Juan, para San Pedro, para San Pablo, Juana de Arco, las almas del purgatorio, las reformas de la iglesia (recién construida), para decir misas por las almas de los soldados que mueren en la guerra, para el entierro de Jesús, para la adquisición de una Virgen del Carmen, etc., etc.

Vi también varios traga-perras, de hierro, que, mediante una moneda de diez céntimos, entregaban voluntariamente... una cerilla, delgada como una cuerda de guitarra y de unos doce centímetros de larga; noté la presencia de unos socios que tan pronto como se sentaba un concurrente en una silla, le entregaban un diminuto billete á cambio de diez céntimos.

Cuando me disponía á tomar la puerta, se me acercó uno de aquellos cobradores, y me preguntó con mucha amabilidad:

—¿Quiere usted sentarse, joven?

—Muchas gracias, amigo, le contesté; no tengo suelto...

El hombre se quedó un poco cortado.

A renglón seguido le pregunté si se

podía ver al director de la «Misión española» (este es el título del establecimiento), á lo que contestó, que era algo difícil, porque estaba concertando el precio de unas misas con los padres de un oficial del ejército que había muerto en el frente francés, y que luego había de recibir á una comisión de damas que no estaban conformes con las órdenes dadas por el arzobispado de París.

—¡Cómo! exclamé, ¿es posible que las damas católicas se manifiesten contrarias al parecer del arzobispo?

—Mire usted (agregó en tono confidencial), junto á la pila del agua bendita aquel letrero, y se pondrá al corriente de lo «tonto» que se ha puesto el arzobispo... Si uno pudiera intervenir, juro por San Cosme que...

Y no terminó porque corrió á cobrarle la silla á un cliente que acababa de sentarse.

Fui al sitio indicado y vi junto á la pila del agua bendita, fijado en la pared, un cartelito que decía en letra de buen tamaño:

ARZOBISPADO DE PARÍS

AVISO IMPORTANTE

Su Eminencia el Cardenal arzobispo, renueva la advertencia dada ya á las señoras cristianas, de no presentarse á recibir la Sagrada Comunión sino con TRAJE DECENTE.

La tradición constante de la Iglesia exige que los vestidos sean MODESTOS Y SIN ESCOTE. Las modas paganas más escandalosas en estos tiempos de prueba NO DEBERÁN TOLERARSE MAS EN LAS IGLESIAS.

Los sacerdotes TENDRÁN EL SENTIMIENTO de NO PODER DAR LA SAGRADA COMUNIÓN á las personas que no obedezcan este aviso.

En París, Septiembre de 1915.

Copié el letrero, tomé la puerta y salí á la calle pensando en volver á hora adecuada para ver hasta dónde llegaban los escotes...

En aquel momento la comisión de damas protestantes abandonaba la casa del Señor. El cura las acompañaba. Ellas reían. El cura también.

Seguramente damas y cura se reían de los escrúpulos del arzobispo. Verdad es que ellas eran jóvenes, muy jóvenes, y el cura suficientemente fuerte para resistir toda tentación.—FERNANDO PINTADO.

París Octubre 1915.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Correspondientes, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Los cruzados

por

ROBERTO ROBERT

taban revestidos por dentro y por fuera, la emprendieron á palos y cimitarrazos con los futuros salvadores del Santo Sepulcro.

Esto fué lo peor que hubo allí.

La historia dice:

«Aquellos cruzados cometían toda clase de excesos, algunos capaces de sublevar la naturaleza.»

«Se les veía combatir unos contra otros por avaricia, por celos de nación á nación, y por odio ciego.»

Pero esto habría sido lo de menos.

* *

A los turcos no les temía el ejército cristiano. Se le había dado á éste la seguridad de que, si aquéllos le acometían, bajaría volando del cielo un querubín, ó dos, si menester era, cuyo querubín ó cuyos querubines, con espada ó espadas de fuego, destruirían á todos los turcos mencionados y no mencionados.

Como los turcos, en la ignorancia en que les tiene sumidos su falsa religión, no tenían noticias de aquella divina promesa, se lanzaron ciegos de ira contra los cristianos, haciendo tan inicuo destrozo en ellos, que los pocos que quedaron con vida, huyeron unos deslomados, otros cojeando; y el pobre Pedro el *Ermitaño*, el que había dado el grito de ¡Dios lo quiere! se vió desobedecido y despreciado porque en ocasión oportuna no había hecho sonar truenos ni bajar del cielo siquiera estopas encendidas que amedrentaran á los impíos, ya que los querubines no se habían dejado ver con espadas ni sin ellas.

Y á todo esto el Santo Sepulcro no se dejaba conquistar, y ya habían perecido trescientos mil cruzados.

* *

¡Ah, pero entonces tomó la cruz el trescientos mil y uno: Godofredo de Bullón!

Godofredo, en penitencia de haber sido cismático, tomó la cruz. Iban con él, no masas inconscientes, sino ochenta mil cristianos bien confesados y bien comulgados, y diez mil jinetes ídem, que en punto á convicciones teológicas podían dar seis rayas de ventaja al más firme católico de hoy.

Eran capitanes de la expedición sus hermanos Eustaquio de Bolonia y Balduino, el conde de Gray, el señor de Montaigut, Cherisy, el de Bourg, el conde de Hainaut, los hermanos de Toul, el príncipe Hugo de Vermandois... ¿qué sé yo?

En fin, lo más poderoso de todo lo que tenía horca en su castillo, y sier-

vos, y derecho de pernada, y verdugo propio; lo más florido de la época fué con Godofredo á pelear por el Sepulcro.

Raimundo de Tolosa, por su parte, alzó consigo cien mil hombres.

Y el príncipe de Tarento, que era obispo, dejó el báculo y empuñó la espada, y otro tanto hicieron Ricardo de Salerno y el inolvidable Tancredo.

* *

De aquellos valerosos cruzados dice Ana Comeno que, como no entendían el griego, cuando les rogaban en este idioma que no ofendieran á otros cristianos, contestaban á su interlocutor atravesándole de un flechazo.

Pero esto es natural en todo el que no ha estudiado idiomas, y ha preferido ocupar la mente y el tiempo en la contemplación de divinos misterios.

* *

Entonces brilló un destello vivísimo del favor del cielo y de la santa eficacia del Evangelio.

El cristiano emperador Comeno negó víveres á los cruzados.

Los cristianos cruzados le talaron las tierras hasta que les proporcionó víveres en abundancia.

El cristiano emperador detuvo en rehenes al conde de Vermandois, hermano del cristiano rey de Francia; pero entonces el cristiano Tancredo se puso á devastar la Tracia, hasta que recobró su libertad el conde.

Como todo pasaba entre buenos cristianos, el Señor no se opuso á nada, y les dejó hacer.

* *

Y en prueba de que les dejó hacer, oigan.

El emperador griego, aunque cristiano, hizo entonces como han hecho después muchos reyes cristianos con los jesuitas.

Les echó de casa y les hizo ir á parar al otro lado del Bósforo.

Allí, reunidos con restos de anteriores ejércitos, llegaron á formar un total de cien mil jinetes y trescientos mil infantes.

Imagine el lector cuántas hostias se tendrían que fabricar allí por la Pascua Florida, contando con que, siendo la hostia frágil de suyo, se inutilizan muchas.

Pero si los guerreros eran cuatrocientos mil, entre mujeres, niños, viejos, monjes y criados llegaban á seiscientos mil nada menos.

* *

Entonces fué cuando cien mil cruzados sitiaron á Nicea y pelearon hasta acabar los proyectiles; de tal suerte que disparaban oraciones contra los infieles, y viendo que ni con lo uno ni con lo otro acababan de vencerles, dispararon también contra

ellos los huesos de los cruzados; pero de los muertos antes.

Este suceso hace esperar un curioso espectáculo para el día del juicio.

Y es que como de los que morían al pie de las murallas, algunos huesos eran arrojados como proyectiles dentro de la ciudad, el día de la resurrección de la carne parte de aquellos difuntos resucitará extramuros y parte en el casco de la población, y será bello el ver medio muerto buscando su otro medio.

Pero esto no es del caso actual, aunque me parece bonito.

Volvamos al tema.

* *

El cristiano emperador Comeno les obligó á levantar el sitio, y obediendo los designios de la Providencia echaron á correr devotamente.

Los cristianos que les servían de guías les extraviaron por los caminos, que eran muy buenos para alcanzar la gloria eterna, pero malos para andados; se les murieron las cabalgaduras, el hambre y la sed les acosaron, y los más nobles señores de Europa tuvieron que andar á pie cargados bajo el peso de todas las piezas de armadura de hierro que podían resistir, y dichoso el que entonces podía cabalgar en asno.

¡Un caballero cruzado en asno! ¡Es decir, no caballero, sino asnero, hablando con propiedad!

El hermano de Godofredo, con cien caballeros, se apoderó entonces de Edesa, y renunció á la gloria de conquistar el Santo Sepulcro.

* *

Los demás siguieron valientemente su camino.

Pero como entonces los hombres daban poca importancia á las cosas mundanas, aunque tomaban ciudades y tierras, no dejaban en ellas destacamentos ni las fortificaban: hacían algo mejor; ponían su señal de la cruz, se echaban una buena misa entre pecho y espalda, y andando.

* *

En estas buenas disposiciones espirituales llegaron á Antioquía, y se les ocurrió que tal vez el Señor Dios Omnipotente deseaba que tan hermosa capital fuese consagrada á su más grato servicio.

Y la sitiaron.

Sobrevino entonces en el campamento una abundancia de apetito y una escasez de víveres tan extraordinaria, que los cristianos dijeron para sí:

¡Hola! ¿Hambre tenemos? Señal de salud. Dios se acuerda de nosotros.

Y en efecto, en breve se vió remediada su necesidad, pues de sesenta mil caballos que traían, sólo les que-

(Continuará.)

TIP. «LA ITÁLICA», VELARDE, 12, MADRID